

puestos al impudor continental. La tragedia de los espíritus continentales confinados a las islas. Ambos, por su desubicación, conmueven. Ambos viven el drama de saberse extranjeros en su tierra.

Un espíritu insular en un continente reclama límites y referentes para no perderse. Necesita linderos y logra normalmente procurárselos. Una mentalidad continental se sabe atrapada en una isla, ya sea ésta ideológica, anímica o geográfica. A mayor confinamiento y menor libertad, mayor sufrimiento. Cuando a los límites naturales se suman los políticos (los del pensamiento unívoco y totalitario) dicha confinación se vuelve asfixiante, incluso mortal: tal es quizá la desventura cubana.

¿Qué es el cautiverio sino la desesperación de una sociedad que intenta imponer fronteras a la desmesura? ¿Qué, sino la imposición de límites al espíritu, continental, de sus mejores y sus peores hombres? ¿Qué, sino el infierno del aislamiento?

En el espacio penitenciario, que compartieron Mandela, Hannibal Lecter, Gandhi, Cervantes, Václav Havel, Jesús de Nazaret y Chucho el Roto, parece no haber más remedio que tocar, a través del silencio, la interioridad del espíritu para salvarse de la locura. Allí, donde el tiempo y la cabeza se desquician, Jacques Fesch, el santo francés, conoció la dosis de amargura y aislamiento que le permitieron encontrarse con la luz. Allí, como hemos dicho, conviven las mejores y las peores expresiones de lo humano.

La liberación de un hombre (o de un momento) continental de la reclusión paradigmática es tan significativa como la contención en una metodología de un espíritu desmesurado.

Y es que más allá de nuestra nacionalidad espiritual, insular o continental; más allá incluso de sabernos existencialmente ubicados o expatriados (ya sea expuestos, ya sea reclusos), vivir intensamente, como filosofar, requiere tanto del espíritu insular como del continental. Mientras el primero marca los límites del ejercicio mental, el segundo explora, trabaja y ejercita contenidos.

Tan lamentable es el filósofo analítico, que elucubrando sobre las fronteras del lenguaje se pierde de la vida, como el acético que, en la carencia de fronteras metodológicas, asfixia sus propias intuiciones.

Los más grandes pensadores, como las mejores personas, alternaron en su historia la preocupación por las fronteras con momentos en que, ya delimitadas éstas, se permitieron pensar lo cotidiano. Es el caso de Kant y de Tomás de Aquino, como lo es el de Gandhi, Eckhart, Viktor Frankl, Thomas Merton, Mounier, Paz y muchos otros. De ellos aprendimos que el contraste entre límites y contenidos, entre la vocación exploradora y la labriega, es misión irrenunciable del pensamiento, como lo es de la historia misma y de cada personalidad individual. ~

He aquí tres niños pobremente vestidos que miran a la cámara con asombro. Fueron retratados en una calle polvosa y arruinada, donde jugaban la mayor parte del tiempo después de terminar sus labores en el campo. De izquierda a derecha se llaman Manuel, Juan y Jesús. El menor tiene siete años; el mediano, nueve; y el mayor, once. Éste último, Juan, lleva un sombrero de fieltro en la mano derecha.

Los tres niños son sonorenses y la fotografía fue tomada en la ciudad de Álamos, en 1900. El padre de los niños, Salvador Celis, era por ese entonces campesino mediero. Había emigrado de Mascota, Jalisco, a Sonora, en busca de trabajo en las minas. Se acomodó en una, sí, pero al poco tiempo empezó a peregrinar por varios pueblos y ciudades en persecución de un trabajo menos duro y que no condenara a sus hijos a descender a las entrañas de la tierra a cambio de la misma pobreza en la que vivían. La madre de los niños, Dorotea Campos, había nacido en Álamos, y fue a refugiarse con su madre debido a la crisis económica que atravesaba. Estos tres niños fueron sus hijos mayores. Le sobrevivieron a la pobreza sólo nueve de dieciséis.

Cuando la fotografía fue tomada, ninguno de los tres niños sabía que diez años después, luego de que su padre escuchó en un mitin a los maderistas, se irían a la Revolución en las filas de Benjamín Hill, Eugenio Martínez y Álvaro Obregón.

Salvador Celis llegó a su casa muy entusiasmado con las palabras de Madero: ¡Por fin alguien proponía algo concreto para acabar con la dictadura de don Porfirio! Sus hijos escucharon atentamente el relato del padre: pocos meses después ya no amanecieron en su casa y, como si fuera poco, le robaron a su papá el caballo, el rifle y el machete para irse con las tropas revolucionarias.

Eran unos muchachitos osados y valientes; tan valientes que en las batallas y las

# Mirador

## Los tres hermanos

**SILVIA MOLINA**

tomas de ciudades iban al frente y salían ilesos. Fueron ascendiendo rápidamente de grado: de soldado raso a soldado de primera, de cabo a sargento, de sargento de primera a subteniente, teniente, capitán, mayor, teniente coronel y coronel, y así hasta llegar a general de división. Los tres se harían generales revolucionarios, y mirarían a la cámara en otra fotografía juntos, con más seguridad y aplomo.

He visto muchas veces esta fotografía. La descubrí en una pared en casa de mi abuela, Dorotea Celis. Al lado de los tres chiquillos, siempre estuvo la otra fotografía: tres hombres hechos y derechos en uniforme de gala.

Aquellos muchachitos conservaron en esencia el carácter que se vislumbra en la fotografía: el menor llevaba siempre la mano al bolsillo. El mediano, Manuel, siempre puso la mano en el hombro de los demás, no como un descanso sino como un apoyo moral. El mayor jugó eternamente con el sombrero o la gorra entre las manos. La gorra de general era tan suya que, moribundo, sabiendo que emprendía otro camino, pidió a sus hijos que le llevaran ésta y sus zapatos porque ya se iba.

Caras vemos historias no sabemos: cuando se instalaron en la Ciudad de México, después de las batallas, fueron por sus padres y sus hermanos a Sonora y emprendieron con ellos un largo peregrinaje hacia una vida distinta: mi madre, la más pequeña de los hermanos, no quería subirse al tren con unos jóvenes que no conocía, aunque le dijeran que eran sus hermanos mayores; sobre todo porque no podía viajar con el perro: quién que la quisiera, le pediría abandonarlo.

Los tres muchachitos crecieron lúcidos y alegres y fueron longevos. Su participación en la Revolución no fue sólo una etapa de su vida, sino una vida que los formó. ~



Los hermanos Manuel, Juan y Jesús Celis, Álamos, Sonora, 1900. Archivo de la familia Celis.